



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 1.º

JUEVES 3 DE MARZO DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

A MIS LECTORES.—EL SABER, por José Alcalá Galiano.—LA SOMBRA DEL DIABLO, por Francisco de Paula En cala.—LA ESTATUA DE PEDRO EL GRANDE, por A.***—PINT. RES CELEBRES ESPAÑOLES: GOYA, apuntes biográficos, por E.—LA GUERRA, por Enrique G. Bedmar.—LEYENDAS BIBLICAS: ABIGAIL: á mi querida amiga la distinguida poetisa Carmen Espejo, por Augusto Jerez Perchet.—JABIRU DEL SENEGAL Y EL MEXICO ROJO por J. de D.—ANTIGÜEDADES.—TEATROS, por Roberto el Diablo.—MADRIGAL, por J. Valverde y Duran.—ADVERTENCIA.

Á MIS LECTORES.

Tiempo há, mis queridos lectores, que me recibís con harto beneplácito, y justo es que para daros gracias por tanta deferencia, me espese de viva voz, ya que van pasados dos años de hacerlo semanalmente por escrito.

Cuéntase por escritores célebres que las flores hablaban en su tiempo, y si las flores hablaban, razon es que yo lo haga de cuenta propia, pues hombres hay que con menos que yo lo verifican.

Desde que mi editor me puso las andaderas y me proveyó de los adornos necesarios para salir á luz, he pasado de su casa al aula de mi maestro, de ésta á la calle, de la calle á provincias, de provincias á países extranjeros, y tantos he recorrido y tan satisfecho me encuentro de mis viajes, que ni por los tesoros de Crespo perdonaria mis escursiones semanales y los halagos de que soy objeto.

En los días que cuento de existencia, he visitado multitud de pueblos é infinidad de viviendas pasando con frecuencia del taller á la boardilla, de la boardilla al palacio, del palacio á la modesta casa, y siempre con tal fortuna, que mientras compañeros de profe-

sion con quienes me albergaba eran arrebatados de mi lado, ya por el indiscreto cocinero, ya por un remilgado hortera ó persona parecida, yo me veia frente por frente de unos ojos negros ó azules que me miraban con predileccion, y en manos de algun ser que cuidadosamente me enviaba á casa del encuadernador, el cual, despues de quitarme las barbas y el polvo del camino, me vestia de limpio y me devolvía tan asendereado, que á no decir yo en la portada soy el SEMANARIO POPULAR, no me hubiese conocido ni el ser que me dió á luz.

Justo es que por ello demuestre mi agradecimiento, y justo tambien que, confiado en las caricias y favores que por parte vuestra se me dispensan, salga de nuevo á recorrer el mundo.

Aquí me teneis, pues, dispuesto á visitaros, llevando en mi cartera de viaje artículos de idem, novelas de diversos géneros y plumas diferentes, cuentos, leyendas, poesías, y alguna que otra leccion de historia, alternando con máximas morales, conocimientos útiles, economía doméstica, floricultura, y descripción de los grandes inventos que se han hecho y harán en este siglo, donde todo menos el gas es luminoso.

Para que dichas materias se acomoden á todos los gustos, inteligencias y clases de la sociedad, he tenido un concurso (no de acreedores que tan frecuentes son en estos tiempos), sino de poetas, con cuya cooperacion cuento, y del cual ha resultado, que á mas de lo dicho, trataremos de modas, de teatros, de ciencias, de costumbres y de cuantas nove-

dades vayan ocurriendo, asi en nuestra patria, como extranjeras, en cuyo caso llevaré traducido lo mas selecto de sus célebres poetas, sin perder por esto mi originalidad.

En mi interés, siempre creciente por complaceros, no perdonaré sacrificio alguno, y á falta de diamantes en el chaleco, llevaré en la camisa grabados de tal naturaleza y caracteres tan perfectos, que habeis de preferirlos á aquellos, pues sobre aquellos tendrán las ventajas de la baratura.

Además, yo me coloco solícito al lado del que no sabe, y le instruyo; del triste y le divierto; del poeta, y le estimo; del sabio, y le aplaudo; del pobre y le ofrezco medios para el trabajo. ¿Qué mas se puede pedir?...

En tabaco, en café, en cualquier cosa se gasta mas de lo que *cuesto*, no de lo que *valgo*, y sin embargo el tabaco se evapora en humo, y el café bebiéndolo se pierde, y yo con mi capa amarilla y mis caracteres negros estoy diciendo en todas partes: «hème aquí.»

Con los conocimientos que presta la experiencia, os revelaré secretos que ignorais y descubriré el vicio, donde quiera que lo encuentre.

Nunca vereis desmentido el lema de INSTRUCCION Y RECREO que aparece en mi bandera, y si no fuera porque hay tantos que sin serlo se apellidan regeneradores sociales, yo intentaria hacer lo que ellos no han conseguido.

Hasta hoy he sido melancólico, y raras veces ha sombreado mis labios la sonrisa del sarcasmo ó de la burla.

En adelante me mostraré grave con unos,

festivo con otros; pero siempre defensor de la moral y de la justicia.

Complaceré á todos sin llamarme por esto *resellado*, y sin mas partido que el de la *razon* militaré donde quiera que me llamen.

Atraerme las simpatías del público es mi anhelo: mi esperanza cumplir lo que prometo; y si al fin del presente viaje he conseguido una y otra cosa, estrecharemos mas y mas nuestras relaciones, y os enviaré, no un adios de despedida, sino un nuevo voto de gratitud á vuestra consecuencia.

EL SEMANARIO POPULAR.

EL SABER.

Si hubiéramos de apreciar el valor intelectual de nuestra patria por el interminable catálogo de sabios con que cuenta; si fuéramos á calcular el caudal de ciencia que posee por el número de sus doctores y publicistas, á apreciar su criterio por la lista de sus críticos, su filosofía por su caterva de filósofos, su moral por la abundancia de sus moralistas, su elocuencia por el diluvio de sus oradores, su literatura por la plaga de sus literatos, su enseñanza por su tropel de catedráticos, su saber, en fin, por la suma total de todos estos sumandos, seguramente nuestro asombro no tendria limites, nuestro entusiasmo rayaria en locura, pues nos creeríamos en una edad mas dorada que la de oro, mas pura que la de plata, mas fuerte que la de hierro, mas clara que la de la luz, mas rápida que la del vapor; nos creeríamos en la edad de la suprema ilustración. Pareceríamos que hemos roto las vallas de la ciencia, que hemos descifrado todos los problemas vedados al hombre, que hemos llegado á agotar los conocimientos humanos, á resolver los divinos, á apoderarnos de la ciencia del bien y del mal encerrada en el árbol del Eden.

Si nos echamos por esas calles de Dios, veremos todas las esquinas atestadas de carteles que están saltando á los ojos, disputándose el honor de una mirada nuestra, como los hombres se disputan la de una mujer hermosa, y recordándonos que estamos en el siglo de la publicidad en que todos leen y escriben.

De vez en cuando pasaremos por la redacción de algun periódico, de la que sale parte del alimento intelectual de millares de lectores hambrientos del periódico nuestro de cada día.

No daremos muchos pasos sin tropezar con una imprenta, fábrica de escritos que ha de difundir el saber por todas las cabezas. Allí se convierten en plomo los pensamientos; allí se hace sabios á los topes á fuerza de tipos.

Si entramos en las librerías veremos como estraido en un frasco el espíritu de los siglos, el pensamiento humano materializado. Admiraremos la prodigiosa cantidad de obras de todas especies que nacen cada día por millares, que brotan como las hojas por primavera. ¡Cuánto autor empleado en ellas! ¡cuánto cerebro exprimido! ¡cuánta idea desparramada! ¡cuánto saber consumido en su confección! ¡cuántos lectores con los ojos abiertos esperando devorarlas! Al ver su abundancia, ocurre que la cabeza humana es una inmensa máquina que trabaja sin descanso y que grita: *leña, leña*, y si no la echan leña se para, y muere en seguida.

Si nos dirigimos á colegios y universidades, las veremos plagadas de grandes hombres en proyecto consagrados al culto de Minerva, y este espectáculo nos atestiguará que el don de sabiduría, el don de entendimiento y el don de ciencia son los tres dones de que, de los siete que posee, ha hecho donación con mas largueza el Espíritu Santo á los que hoy tenemos la dicha de vivir.

Pero cuando mas asombrados quedaremos

es si penetramos en academias, ateneos y círculos literarios. Allí veremos por do quiera sabios; oiremos discursos, polémicas, discusiones en que se trata de todo lo sabido y por saber, en que se citan obras y autores hebreos, egipcios, persas, griegos, latinos, chinos, turcos y rusos. Allí cada hombre es un Metternich en política, un Smith en economía, un Napoleon en táctica, un Rafael en pintura, un Plutarco en historia, un Aristóteles en filosofía, un Cuvier en geología. Allí todo se sabe, de allí está desterrada la duda; la ignorancia no se atreve á asomar las narices en cien leguas á la redonda.

En verdad que al contemplar cuadro tan deslumbrador, la mente queda asombrada, y se pregunta uno á si mismo si viviremos en el fantástico y rico Eldorado de la inteligencia.

Allá por los tiempos en que la mina del saber estaba apenas explotada, en que la sabiduría, menos generosa que hoy, no había volcado sobre la tierra el arca de sus caudales, los sabios eran contados. Entonces un sabio era un bicho raro, una golondrina en invierno, tenia canas, vivia retirado del mundo, leía de noche y día, comía sobre tomos, usaba manuscritos por almohadas, velaba en vez de dormir, cavilaba en vez de soñar, y á fuerza de desvelos, estudios y experimentos, cuando ya tenia surcada la frente por el arado del tiempo, marchitas las mejillas por el sol de la meditación, las barbas blancas y vírgenes de barbero, la cabeza hecha un desierto de Sahara, despoblada de cabellos por fuera á fuerza de poblarse de ideas por dentro, los ojos cansados de caminar sin descanso por el camino de los renglones, peregrinando en busca de la verdad; agoviado el cuerpo bajo la siempre creciente carga de los años, el cerebro hecho una esponja empapada en las turbias aguas de la ciencia, entonces solia recompensársele diciéndole de él: «Fulano es un sabio,» y al morir, tal vez dejaba un pequeño libro, único fruto del árbol de su larga y trabajosa existencia.

Pobre sabios antiguos; ¡cuán pobres son al lado de los modernos que hormiguean en nuestra España! Nuestros *neo-sofos* ó sabios de nuevo cuño, tienen poco mas de veinte mayos, abundantes y perfumadas cabelleras rizadas por el peluquero, caras aun femeninas despojadas de barba, frescas mejillas, firmes dientes, terso cutis, arrogante apostura, robusta voz y fuerte mano.

Duermen cuanto les pide el cuerpo y les permite la cama; se acicalan por mañana, tarde, y noche; fuman, juegan, hacen el amor, pasean, comen, toman café, van al teatro, luego á tertulias, y sin embargo, son sabios. Hablan cien idiomas, matan las lenguas vivas y resucitan las muertas, poseen á fondo griegos y latinos, tienen la historia en la punta de los dedos, la literatura, á guisa de lente, montada en la nariz; saben la filosofía mejor que el Padre Nuestro, desafían á cualquiera en punto á economía; la política para ellos no tiene secretos, la metafísica no tiene dudas, la teología no tiene misterios. Peroran, y sus discursos abrazan mas que las novecientas proposiciones de Pic de la Mirandola: se ocupan de *omni re scibili*; de Aristóteles saltan á Platon y echan por tierra sus doctrinas; citan nombres de autores alemanes, de esos que se escriben con treinta letras y se pronuncian con media, ó se escriben con tres y se pronuncian con treinta; se meten en las honduras del *criticismo* ó las *ideas puras* de Kant; repiten esas grandes palabras de efecto, *objetivo*, *subjetivo*, *yo*, *no-yo*; términos tan sustanciosos, como *causas*, *sustancias*, *principios*; voces tan huecas, como *espacio*, *inmensidad*; frases tan pomposas, como *unidad absoluta*; tan grandes como *estension*, *eterno*, *infinito*; tan monas como las *monades* de Leibnitz. Examinan las teorías de los *panteistas*, *emanatistas*, *animistas*, *atomistas*, *ateos* y demás sectas que en todos tiempos han querido explicar lo inesplicable, comprender lo incomprendible y ver lo invisible. Los nombres de

Anaxágoras, Plotino, Newton, Descartes, Kant, Spinoza, Krausse, Fichte, Schelling, Hegel, Hobbes, Locke y otros semejantes, son las lantejuelas que hacen relucir la bordada tela de sus discursos.

Remueven las hojas del libro de la historia, destrozan los héroes, destrizan las leyes, juzgan las generaciones, vuelven los siglos del revés y muestran hasta el forro de sus vestiduras.

Geólogos, astrónomos, físicos y naturalistas expertos, analizan el *Cosmos*, y revelan las leyes de su complicado mecanismo con la misma facilidad que compran un *cosmético* para el tocador.

Estéticos consumados esplican la teoría del arte en todas sus épocas, pueblos y manifestaciones.

Críticos profundos, juegan á la pelota con un Voltaire, un Rousseau, un Chateaubriand; inciensan ó derriban de sus altares á los Dantes, Shakspeare, Calderones, Goethe ó Víctor Hugos.

Los discursos de los *neo-sofos* son el resumen de todos los conocimientos elevados á la última potencia de la perfección, despojados de sus dudas, purgados de sus errores. Tomar ellos la palabra, es tomar la verdad entre los labios, y por eso, junto con la palabra, toman los ojos, los oídos, el entendimiento, la razón y la voluntad del asombrado auditorio.

Con la misma facilidad escriben en periódicos, machacan la política para hacer la salsa de sus artículos, arreglan el mundo en teoría, reforman la administración en principios, combaten las leyes y las instituciones. Sus plumas son una especie de palanca de Arquímedes. No hay ninguno que en sus adentros no se diga *da mihi puntum et terram movebo*; pero ya se ve, no los dan el punto, ¿cómo han de mover la tierra?

No basta á tales sabios ser oradores y periodistas; son tambien publicistas, y allá van libros; son poetas, y allá van dramas, comedias, zarzuelas, odas, elegías, sonetos y romances al por mayor. Ellos tienen coronas, nombradía, principios, opiniones, prosélitos, admiradores; alcanzan aplausos, elogios, y distinciones, y todo esto lo tienen antes de tener la barba. ¡Oh juventud prodigiosa! ¡Oh generación sabia! ¡Oh siglo feliz!

Pero ¿cuándo aprenden? ¿Dónde aprenden? ¿Cómo aprenden? dirá alguno. ¿De dónde sacan esos tesoros? ¿Quién los descifra tantos arcanos? ¿Quién los resuelve tantos problemas? Nadie: su cabeza, su razón, su imaginación. Intelectualmente ellos nacen de sí mismos, son flores que brotan sin tierra. Acaso han sido engendrados en un estante, ó han aparecido espontáneamente como las polillas entre las hojas de algun libro, han mamado tinta de imprenta, han usado pañales de papel. Tal vez pertenecen á una casta nueva de seres que ni son ovíparos ni vivíparos, sino *libríparos*; sea de ello lo que quiera, lo cierto es que se lo saben todo, y solitos se lo aprenden. Aprender lo que se enseña, no tiene gracia; lo hacen los perros, loros y monos; aprender sin maestro ni libro es la gran gloria, el milagro de nuestros sabios. Antes se cultivaba la ciencia *confusa*, hoy la ciencia *infusa* es la mejor sabida y la mas sólida de todas. Hoy cada cabeza es una finca, y con el tiempo habrá quien tenga un administrador de su ciencia para que lleve la cuenta de conocimientos entrados en cabeza y de gastos invertidos en escritos. ¡Qué cabezas las del día!

Al ver esto tiembla uno pensando que legue un día en que todos sean sabios, y que en esta California de la ciencia, al verse todos opulentos, no haya ni quien haga zapatos, ni quien guise, ni quien cosa, ni quien construya casas, porque todos, dormidos en las delicias de Capua, querrán gozar de los tesoros encerrados en sus frentes, todos serán ricos, y estarán de continuo consagrados al estudio, á la discusión, á la

meditacion, alimentándose de ideas á falta de manjares, bebiendo las aguas del saber á falta de vinos. Aquel dia todos se vestirán por el figurin de los salvajes, es decir, irán desnudos, vivirán al aire libre como los pájaros, comerán por todo alimento bellotas como los griegos primitivos, ó yerbas como los brutos; pero todos serán unos Sénecas ó unos Bhurros; la humanidad sabrá, sabrá y sabrá, los hombres serán dichosos. Acaso algun nuevo redentor gritará: «¡A mí los tontos!» como Jesucristo decia: «¡A mí los niños!»

(Se continuará.)

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

LA SOMBRA DEL DIABLO.

I.

¡Cómo se pasa la vida! paréceme que fué ayer cuando el honrado capataz de la quinta de mis abuelos me tenia montado en sus rodillas, mientras ahuyentaba el sueño de mis párpados, narrándome cuentos, fábulas y peripecias de su juventud.

Verdad que antes se vivia: ahora no se vive, se vuela. Ayer la humanidad se ocupaba en cumplir los preceptos de Dios y de la Iglesia: ahora el *mas allá* á que todos aspiramos, hace que nos olvidemos de aquellos. Una peonza que daba vueltas sobre su pua, un caballo de madera, una escopeta de caña, eran la delicia de nuestra niñez. Hoy la civilizacion se ha encargado de matar aquellas ilusiones. Antes la peonza bailaba *porque sí*, y no nos ocupábamos de mas. Hoy es necesario saber las causas que producen el movimiento giratorio de aquella, lo cual no es malo, porque todos debemos aspirar á la perfeccion, y la perfeccion del hombre es la ciencia y la virtud reunidas. Pero es lo peor que la niñez de hoy nace, crece, y en vez de saber el *Padre nuestro*, nos recita unas *seguidillas*; en vez de entretenerse con las vueltas de la peonza, se pone triste, contempla con éstasis el juguete, y nos dice con incomprensible gravedad: «Hé aquí: con la misma rapidez que cesa en sus vueltas caminaré yo hacia la muerte:» magnífico rasgo de un filósofo con andaderas, de un escéptico de tonelete, de un nuevo genio, que á lo mejor se olvida de su afectada grandeza y vá á que la criada le regale un pedazo de pan, caso de que su *mamá* no tenga que meterlo en la cuna y aprontarle el viveron. Antes el jóven no se desdeñaba de aceptar á los quince años la mano de su padre que le llevaba á paseo, y si entraba en visita, se ruborizaba catorce veces antes de llegar al recibimiento; pedia permiso, se descubria en la escalera, y al colocarse frente por frente de los señores de la casa, se contentaba con esclamar: «Muy buenos dias, muy buenas tardes,» sin hablar mas palabra hasta que una señal significativa de su padre se lo indicaba. Hoy cualquier chisgaravis camina en alas de un sombrero descomunal y envuelto en una enorme levita, con el cigarro en la boca, entra aquí y allá: fuma, escupe, jura, chilla, nos habla de civilizacion, de autonomia, de crisis, de candidatos, etc., y el que le escucha, acaso mas ignorante que él, esclama: ¡qué buen chico! Los placeres de la infancia se olvidan, los recuerdos se profanan, el libertinaje cunde, la amistad se borra, el amor se trueca por el negocio, y el matrimonio, que es la clave de la familia, se estipula con los padres, como pudiera estipularse la venta de unas acciones de carretera, ó unos títulos del tres por ciento! ¿Y es esto civilizacion? Pues soy retrógrado.

Perdóname, sin embargo, mi querido lector, esta digresion intempestiva, y empecemos nuestro cuento...

II.

Por los años en que aun no se habian estinguido las venerandas costumbres del siglo anterior, ni tampoco se habia llegado á esta época de desenfreno general, Alberto vivia

con su padre en las inmediaciones de una aldea.

Su padre, conocido por el *americano*, gozaba de una holgada posicion, merced á sus ganancias en el comercio.

Los aldeanos hacian subir aquellas á ocho ó diez millones de reales, y aunque esto era verdad, don Pablo, que así se llamaba el *americano*, vivia cómoda, pero modestamente.

Sin madre, sin esposa, sin nadie, en fin, mas que su hijo Alberto, pensaba en éste y en su porvenir.

III.

Alberto, que apenas contaba ocho años, era la alegría de la casa.

Esta hallábase dividida en dos; de modo que para ellos y una señora anciana que les cuidaba, tenian sobrado con las habitaciones de la izquierda.

Alberto no tenia necesidad de salir á la calle para instruirse, porque su padre le educaba.

En las horas de recreo que aquel le concedia, Alberto bajaba al jardin, corria tras de las mariposas, besaba las flores, jugaba con el agua de las fuentes y saltaba tras de los pájaros...

Un dia Alberto, cantaba solo, y al escuchar que su voz era repetida por los solitarios muros de la casa inmediata, tuvo miedo...

Detúvose á mirar las paredes, y causóle tristeza el observar que mientras las de su casa se hallaban cubiertas de flores y enredaderas, las inmediatas lo estaban de ramas secas, de flores marchitas y de musgo.

Una lágrima iba á empañar los negros ojos del niño, cuando sintió ruido á su espalda y volvió instintivamente la cabeza.

La puerta del jardin se abrió, y en su dintel aparecieron una mujer enlutada y una niña de corta edad.

El carmin de la inocencia se reflejaba en sus mejillas, y en sus ojos azules la pureza y la diafanidad del cielo.

Sus blondos rizos, sus hermosos rizos de color de oro, caian sobre su espalda dando mayor realce á su fisonomía.

Alberto la contempló con efusion, y la enlutada se adelantó hacia él, besándole en la frente.

En esto apareció don Pablo.

La mujer lanzó un suspiro al verlo, y se levantó rápidamente el velo que ocultaba su rostro.

Alberto y la niña de los rubios cabellos, comenzaron á jugar.

Don Pablo lanzó una exclamacion y se dirigió á la recién llegada.

—¡Tú así Margarita! exclamó con voz entrecortada por el sentimiento.

La aparecida inclinó la cabeza, y haciendo con ella una señal afirmativa, derramó abundosas lágrimas.

—¿Y Gaspar? continuó don Pablo con sorpresa.

—¡Ha muerto! contestó la enlutada.

—¡Ah! lo comprendo todo: ¡no tienes pan que darle á tu hija! sin tu esposo, te encuentras sola para siempre.

—¡Sola!

—¡Pobre madre!

Alberto, que no habia perdido punto de la conversacion de su padre, se aproximó á él y dijo:

—¡No... no está usted sola... porque se quedará usted con nosotros! ¿no es verdad, papá?

Don Pablo besó á su hijo repetidas veces...

—No, no están solas, dijo: esta señora que aquí ves, ha jugado conmigo como tú juegas con su hija, y desde hoy vivirán en la casa inmediata.

Y así fue.

Desde el siguiente dia, don Pablo reportó la satisfaccion de haber hecho un beneficio mas, Margarita la de haber encontrado un ser generoso que se apiadase de su desgracia, y Alberto la de tener un ángel con quien compartir los inocentes placeres de la niñez.

IV.

Algunos aseguran que el amor no existe en la infancia, y nosotros creemos que la infancia es el amor.

Alberto, que antes se habia conceptuado feliz en su soledad, se hallaba triste cuando Carlota no jugaba con él.

Ya no le halagaba el canto de los pájaros, ni el perfume de las flores, ni los giros de la mariposa, si para admirarlos no le acompañaba Carlota.

Y Carlota era su única amiga, su confidente, su alma.

Cuando ella sonreia, sonreia Alberto; cuando no, la miraba estasiado.

Y las horas y los dias pasaban para ellos, con la misma rapidez que llevan, siempre que el alma se considera feliz.

V.

Un año despues, Alberto se encontraba á la cabecera del lecho de su padre, que espiraba.

Una lámpara suspendida del techo, esparcia sus pálidos rayos sobre aquella estancia pavorosa, en la que solo resonaban los últimos ayes del moribundo...

Don Pablo se incorporó pesadamente sobre su brazo, y tomando con su descarnada mano las de su hijo, exclamó:

—¡Allí... allí enfrente hijo mio tengo mis tesoros! ¡todo te pertenece!

Y señalaba con su índice un pequeño armario claveteado, que se encontraba en el rincón mas oscuro de la estancia.

Alberto volvió la cabeza hacia el sitio que le indicaban y en la lobreguez del mismo, parecióle ver dos puntos fosfóricos que despedian trémulos cambiantes de luz.

Despues la cerradura del armario se abrió y á la luz de la lámpara creyó ver que un hombre de rostro pálido, facciones demacradas y barba espesa, huía precipitadamente de la habitacion.

Alberto lanzó un grito de horror y se asió fuertemente al brazo de su padre.

Pero este no le respondió como otras veces. ¡Estaba muerto!

A las voces de Alberto, apareció su aya con el semblante demudado como quien acaba de autorizar un crimen.

Alberto besó la helada frente de su padre; estrechó aquel cuerpo inerte, entre sus delicados brazos; contó al aya lo ocurrido y despues de algunos momentos de estupor, se acercó al armario.

Alberto lo encontró vacío y acordándose de que Carlota necesitaba del oro que aquel contenia, lanzó una exclamacion de angustia y cayó desvanecido.

Una estridente carcajada resonó casi al mismo tiempo en los sombríos ángulos del edificio.

VI.

Cuando Alberto volvió en sí, se encontró en la mas completa soledad y recogió con sorpresa, un bolsillo que se hallaba á sus pies.

Al examinarlo, notó que estaba lleno de oro.

Entonces suspiró con fuerza y sus labios balbucearon el nombre de Carlota.

Alberto sintió pasos á su espalda y guardó precipitadamente su hallazgo.

El aya entró de nuevo y palideció densamente.

Su conciencia le remordia.

¿Y por qué? ¿seria ella acaso la que habia autorizado la ruina de Alberto? ¡Oh, quien sabe! los padres deben tener gran cuidado en que las personas consagradas á la educacion de sus hijos, tengan mejor corazón que inteligencia. En los primeros años vale mas despertar los sentimientos generosos y el amor á la virtud, que cuantos conocimientos puedan perfeccionar la razon. El ejemplo de los mayores es lo que forma la conducta de aquellos, y cuando ese ejemplo no es saludable, las

consecuencias pueden ser funestas y dolorosas.

Alberto miró al aya y la señaló alternativamente el lecho de su padre y el armario cerrajado...

—Ahí te buscan, dijo aquella como quien anhela distraerse de una idea que la punza.

Y tomando á Alberto de la mano, le condujo á las habitaciones exteriores de la casa.

En el centro de una de estas, hallábase un hombre alto, delgado, con la mirada aviesa, el rostro demacrado, la frente alta y espaciosa, y vestido de negro, el cual parecía esperarle con avidez.

Al contemplarlo Alberto, dió un grito de espanto.

—Ese, ese es, exclamó atemorizado y retrocediendo.

Pero el hombre de la barba negra se lanzó sobre él con ferocidad, y levantándole entre sus nervudos brazos pretendió huir.



[LA SOMBRA DEL DIABLO.—Y los dos niños, confundieron sus almas en un suspiro y derramaron una lágrima de dolor.

—¡Mátale, mátale, dijo el aya, y así concluímos mas pronto!

—¡Aya! ¡aya mia! gritaba Alberto sin comprender su situación.

¡Y sin embargo, aquella malhadada mujer, corrió hacia el inocente niño con el deseo de consumir un crimen!

—¡Aparta, exclamó el enlutado, y no temas que yo me encargaré de todo!

En esto sonaron recios golpes en la puerta de la casa y se escucharon los destemplados acordes de un violín.

El aya y el hombre negro tuvieron miedo y mientras la una corrió hacia la puerta, el otro

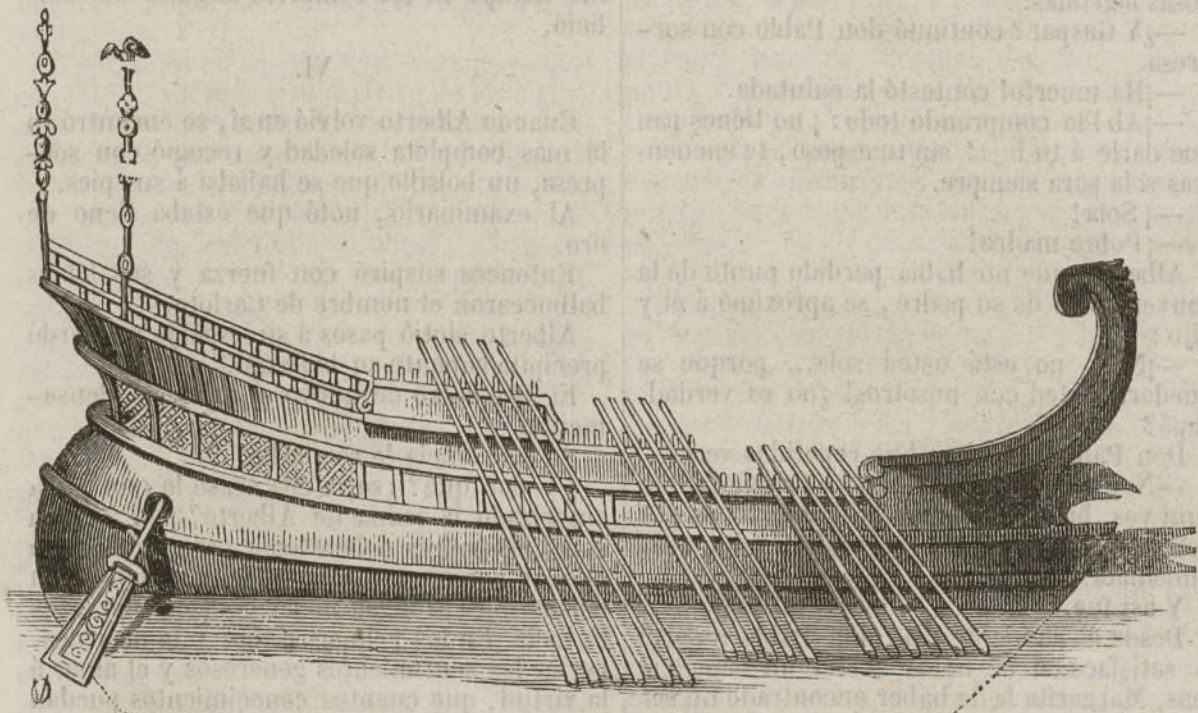
dejó á Alberto y desapareció como por encanto.

VII.

Los que en tan oportuna ocasión habian llamado á la puerta del americano, eran dos ingleses acompañados de sus señoras y un hombre al parecer de cuarenta años, el cual se ocupaba á la sazón en templar las cuerdas de un violín.

Aquella familia viajaba en graves jumentos de todos los pelos y castas conocidas aunque en número de cinco, y según datos del que me narró este cuento, tenia empeñada su palabra formal, de no abandonar sus cabalgaduras, ni por todo lo del mundo. Dícese además que por un rasgo no pequeño de sus escentricidades y extravagancias, acordaron que los pollinos para viajar por España habian de ser precisamente de Algeciras, y que con tal propósito se vinieron *pedibus andando* por cuantos parajes era posible realizarlo, á verificar la compra de sus cabalgaduras, desde la misma capital de su nación. Una vez realizada esta obra de romanos, volviéronse á Inglaterra de igual manera; pues hubiese sido faltar á lo pactado anticipadamente, porque ninguno de ellos habia de poner el pie en el estribo hasta encontrarse en su patria y emprender desde ella su viaje.

Escusado es decir que los pobres asnos venian estrechos como espadín de músico, mientras los ingleses robustos y encendidos como remolachas, lucian sus grandes foques, sus sombreros redondos, á lo pastor bucólico y trages blancos, que á no estar en verano, hu-



ANTIGÜEDADES.—Nave trirreme, copiada de la columna de Trajano.

biesen hecho temblar de frio al lucero del alba.

El del violin por el contrario vestia de luto por sus acreedores, en lo cual hacia bien, pues á falta de pago les consagraba este recuerdo. Cuéntase del mismo, que no pudiendo quitarse de encima los *ingleses* á pesar de serlo tambien, esprimió su ingenio en busca de alguna estratagema, y no encontrándola se resolvió á consultar con sus amigos. Lo cierto es que habiendo sabido por el mismo Paganini, que cuando pretendian obligarle al pago de alguna deuda, embriagaba á sus acreedores con las melodías de su violin y hacia de ellos cuanto gustaba, no vaciló en comprar otro; pero con tal firmeza en su plan, que desde el momento de poseer instrumento tan maravilloso, tomó la música por ocupacion perpetua. Viendo que no surtia efecto en sus manos semejante medio, puesto que no habia casero que le resistiese, ni acreedor que no le zurrase, ni amigo que no le huyese, volvió su pensamiento por pasiva y decidió hacer uso del violin, no para suspender sus pagos, sino para sacar el mayor partido posible de todo el mundo. Amante de las cosas de España, mudóse el nombre á su manera, y de inglés legítimo que era su apellido, dióse á conocer por don Prudencio Plácido-armonía. Nada, pues, le pareció mas oportuno para congratularse con las personas que iban á visitar sus compañeros, que preluar una sinfonía de aires nacionales, y asi es, que á pesar de haberle aquellos suplicado lo suspendiese para mejor ocasion, empezó por el *tripili* y concluyó por un *fandango*, que tenia tanto de andaluz como yo de santo.

VIII.

Apenas salió el aya á la puerta, reconoció á los que viajaban por antiguos amigos de don Pablo y les dijo lo ocurrido.

Tiempo faltóle al del violin para entonar



Don Francisco Goya.

una sinfonía fúnebre por el alma del difunto.

Alberto salió entonces á la puerta de su vivienda, y como los ingleses supiesen su orfandad, quisieron llevarle en su compañía.

El niño derramó abundantes lágrimas; pero como inspirado por un rayo divino, secó su llanto, corrió al jardin y llamó á Carlota.

La hermosa niña le esperaba con impaciencia.

Alberto subió con alguna dificultad sobre unos toneles colocados junto al muro que le separaba de Carlota y le notició la muerte de su padre.

Margarita y el aya que habian salido simultáneamente á los balcones, los contemplaron es-

tasiada la una, con indignacion la otra, y entre tanto los dos niños confundieron sus almas en un suspiro y derramaron una lágrima de dolor.

Alberto dejó poco despues el bolsillo de oro en manos de Carlota y huyó de su lado tal vez para siempre.

IX.

Dos horas despues Alberto partia para Madrid en union de la familia inglesa, y solo pensaba en adquirirse á fuerza de trabajo, lo que le habia usurpado un miserable.

(Se continuará).

FRANCISCO DE PAULA ENTRALA.

LA ESTATUA DE PEDRO

EL GRANDE.

Existe en la capital de Rusia un monumento dedicado al emperador Pedro I, notable por su originalidad, por su belleza artística y por el atrevimiento de la ejecucion. La estatua ecuestre de este hombre inmortal que elevó la cultura durante su reinado al nivel de las naciones mas civilizadas, se levanta en la plaza del Senado con imponente magestad. El grupo es de

bronce, como el alma del héroe á quien representa, segun la espresion de un conocido escritor.

La gran mujer Catalina II, quiso eternizar la memoria del grande hombre, con un recuerdo grandioso, admirable y valiente como Pedro I.

Sobre una masa colosal de granito que le sirve de base, sube á escape el caballo del emperador, hollando un reptil que se estiende con rigidez, intentando enroscarse al cuerpo del poderoso corcel; artificio de que se valió el artista para poner en equilibrio el bronce monumental, que aparece suspendido en medio del espacio.



Estatua de Pedro el Grande.

Una inscripcion grabada en el caprichoso pedestal, dice asi:

*Petro primo Catharina secunda.
M. D. CC. LXXII.*

El czar mira al rio, tiene la mano derecha dirigida hacia adelante, de tal manera, que no se sabe si protege ó amenaza. Desde el sitio en que está colocado puede abarcar con una mirada toda su ciudad querida.

Parece que la estatua vive realmente, tal es su extraordinaria animacion. El czar viste un traje medio ruso, medio á la antigua, y contentiendo apenas al brioso animal, parece que recuerda las palabras del escudo imperial: *¡Vives acquirit eundo!*

Para admirar este hermoso monumento en todo su esplendor, es necesario verle en una tarde de verano, cuando el sol enviándole sus últimos rayos tñe el cielo de púrpura, dando un color fantástico á todos los objetos que ilumina.

El alma se entristece al recordar la sangrienta escena que tuvo lugar ante la imagen de Pedro I.

A poca distancia, mataron de un pistoletazo en el pecho al conde Miloradovitch, ayudante del emperador Nicolás, cuando este hombre esforzado se atrevió á dirigir la palabra á los amotinados que pedían la Constitucion. ¡Constitucion! voz que no existe en el idioma ruso y que el pueblo interpretaba á su manera, creyendo mucha gente que se pedía á Constantina, mujer del gran duque Constantino que habia abdicado en favor de Nicolás. El czar debió sentir nuevo ánimo ante la estatua de su abuelo y con voz grave y solemne habló á los conjurados que callaban conservando sin embargo sus posiciones. En tan crítico instante llegó al trote el regimiento de Apraxine, al que se unió otro de artillería, y dando una vigorosa carga vencieron la sublevacion prendiendo á sus caudillos. Esto ocurría el 14 de diciembre de 1825.

En esta plaza está el palacio senatorial unido al del Sínodo por un arco.

El grabado adjunto representa la estatua del czar vista de perfil, que es como principalmente se comprende su grandeza y atrevimiento.

A.***

PINTORES CELEBRES ESPAÑOLES.

GOYA.

APUNTES BIOGRÁFICOS.

El reinado de Carlos III es sin duda alguna, el mas rico y mas fecundo de nuestra historia, por las grandes obras á que dió feliz cima aquel inolvidable monarca y por el poderoso incremento que bajo su augusta proteccion tomaron las artes y las letras. Uno de los que mas justo renombre de artista alcanzaron durante él mismo y mas tarde entre la corte de Carlos IV y Fernando VII, fue don Francisco Goya.

Nació este hombre inmortal, tanto por la escelencia de sus pinturas, cuanto por ser el creador de la escuela de costumbres, género desconocido en España, hasta su advenimiento, en Fuente de Todos, pueblo de Aragon, el día 31 de marzo de 1746. Despues de estudiar algun tiempo, en su niñez, con Francisco Bayen, y José Lusan, pasó á Roma donde no tardó en darse á conocer por sus magníficos cuadros, uno de los cuales, le valió en 1771, el segundo premio de la Academia de Parma. Cuando algun tiempo despues regresó á España hizo los modelos para la fábrica de Tapices y con indecible rapidez se colocó al frente de los artistas españoles alcanzando continuados elogios del célebre maestro Rafael Megrn. Goya no tardó mucho en darse á conocer entre lo mas elegante de la corte de España, mereciendo la estimacion y confianza de la duquesa de Alba, y la proteccion del conde de Benavente. Cuéntase sin embargo que por mezclarse demasiado en las intrigas pa-

laciegas se malquistó con la reina María Luisa, cuya privanza habia gozado en otras ocasiones, lo cual no fue suficiente á detener al artista en su carrera, como lo prueban la multitud de caricaturas que, alusivas á aquella señora, corrian de mano en mano siendo el solaz de los cortesanos.

Goya tenia una pasmosa facilidad para la ejecucion de sus concepciones y aunque descuidado á veces en la forma, fue gran dibujante y atrevido colorista; sus acuarelas eran modelos de claro oscuro y sabia dar tal espresion á las figuras, que hay ocasiones en que aquellas nos recuerdan el poderoso estilo de Rembrandt. No podia, sin embargo, detener su ardorosa fantasía; así es que sus figuras son terribles ó encantadoras, pero nunca regulares.

Entre sus famosos cuadros y pinturas, cuéntanse el Cristo y un cuadro colocado en el altar mayor de San Francisco el Grande. Este fué el que le valió en 1780, los títulos de académico de San Fernando y pintor ordinario del rey. Pintó igualmente *al fresco* la capilla de San Antonio de la Florida, cerca del Manzanares, y algunos santos de la catedral de Sevilla, como igualmente en la de Valencia. En el Museo de Madrid están los retratos ecuestres de Carlos IV y María Luisa, y otro cuadro del *Dos de Mayo*. En la Academia se encuentran: *La plaza de toros, una maja, un auto de fé, una procesion y la casa de locos*, cosa que á vivir Goya en el día hubiera podido pintar con mas abundancia de modelos y mas inspiracion. Tal era la fama y celebridad de tan renombrado artista que el mismo Luis Felipe adquirió siete cuadros, que se conservan hoy en el Museo del Louvre. Entre ellos se distinguen por el atrevimiento que revelan y la profunda inspiracion con que están ejecutados: *La última plegaria de un condenado* y *Las manolas al balcon*.

Además de sus cuadros al óleo dejó multitud de caricaturas, cuya significacion ignoramos hoy, y las cuales en tiempo del artista producian un efecto sangriento, así como sus acuarelas entre las que descuellan *la tauromaquia, escenas de invasion y los caprichos*. En esta coleccion se encuentra su retrato.

Estas y muchas mas, fueron las obras del inmortal artista que á los ochenta y dos años de su edad, ó sea el 15 de abril de 1828, murió en Burdeos, pobre, triste y olvidado.

E.

LA GUERRA.

¡Yo soy la guerra! mi sangrienta historia escrita está con páginas de horror; pero á mi nombre apareció la gloria como los mundos á la voz de Dios.

El orgullo en mi frente se condensa, vaga á mis pies la errante humanidad, y de los siglos la cadena inmensa circuye mi soberbio pedestal.

Yo trastorno los ritos y las leyes, ¿quién á mi fuerza se podrá oponer? los cetros y coronas de los reyes cual pobre escoria desharán mis pies.

Yo de los pueblos los destinos rijo, van la vida y la muerte de mí en pos, á los imperios sus linderos fijo, ¡la libertad, la esclavitud soy yo!

Mi fuerte mano los imperios crea, ¡no hay leyes ni poderes sobre mí! la hidrofóbica sed de la plebe del mundo llevo al último confin.

Furia soy del averno desatada, espíritu soberbio de Luzbel, proscrito al fin de la eternal morada por marca horrenda á su rebelde ser.

Mi altiva frente su furor destella, mi palabra es el trueno, ¡quién cual yo! en donde poso mi sangrienta huella la multitud me aclama como á un Dios.

¡Oh! ¡viva el mundo para siempre en guerra! ¡no depondré la lanza y el carcaj! los soberbios magnates de la tierra al carro uncidos de mis triunfos van.

¡Oh! déme el mundo en hecatombe infausta su sangre ardiente en cálido raudal... Secas mis fauces y mi lengua exhausta licor ansían que poder libar.

Yo arrancaré de mi corona altiva flores que puedan adornar la sien, del héroe audaz, con bella siemprevida; ¡yo le daré coronas de laurel!

¡Yo soy la guerra! mi sangrienta historia escrita está con páginas de horror; pero á mi nombre apareció la gloria como los mundos á la voz de Dios.

ENRIQUE G. BEDMAR.

LEYENDAS BÍBLICAS.

ABIGAIL.

Á MI QUERIDA AMIGA LA DISTINGUIDA POETISA CARMEN ESPEJO.

I.

Habia un hombre muy rico, llamado Nabal, del linaje de Caleb.

Era de carácter grosero, avaro y malicioso.

Estaba casado con Abigail, mujer de extraordinaria hermosura.

Abigail, dotada por el Señor de bellísimas virtudes, encontraba en ellas un saludable remedio con que borrar las faltas de su marido.

A la avaricia de Nabal, oponía una razonable esplendidez.

A la locura, el consejo.

A la necedad, la sabiduría.

A la aspereza, la dulzura.

Sobrellevaba con prudencia el carácter de su esposo, sin contradecirlo nunca, pues comprendía el antiguo proverbio que dice: «Con la paciencia se aplacará el príncipe, y la lengua blanda quebrantará la dureza.»

Esperaba ocasiones para hablarle provechosamente, neutralizando, en fin, con sus raras virtudes, los males que trae consigo un carácter como el de Nabal.

II.

El Carmelo es una montaña de la Palestina, correspondiente á la tribu de Issachar, situada sobre el Mediterráneo, en medio de la Ptolomaida, al Norte de Dora.

En las floridas vertientes de esta montaña, pacían los inmensos ganados de Nabal, cuando llegó la época de la esquila, celebrada entre los hebreos con festines á que asistían los amigos y parientes.

David, que á la sazón estaba en el desierto de Pharán, enterado de las fiestas que hacia Nabal en el Carmelo, dijo á diez de sus siervos.

—Llegad al Carmelo y decid al rico Nabal: Dios sea contigo y la paz en tu casa. El rey David nos envía. Nuestro Señor te saluda. Dá-nos algunos víveres, segun fuere tu voluntad.

Los vasallos obedecieron y se postraron ante el poderoso Nabal repitiéndole las palabras de su rey.

Pero Nabal era insolente y miserable, y contestó con aspereza á los criados.

—¿Qué le hemos hecho á ese hombre? se preguntaban estos al volver á la llanura.

—¿Por qué nos despide sin escucharnos? ¿Acaso no le hemos servido en el desierto

cuando sus pastores apacentaban con nosotros sus rebaños?

Llegados á David contaron lo ocurrido.

El rey se levantó, ciñóse la espada y dijo:

—Sígueme cuatrocientos de mis caudillos; que ha de ser exterminado con cuanto le pertenece, el necio que desoye palabras de amistad.

III.

Abigail, enterada de la falta de su marido y temiendo la justa cólera del rey, llamó á varios de sus criados y les habló así.

—Poned sobre los asnos doscientos panes, cinco carneros cocidos, dos pellejos de vino, cinco sats de polenta, doscientos panes de higos y cien atados de uvas pasas; y bajad al llano, que yo os seguiré.

Y cubriendo su cabeza con un blanco velo que dejó caer sobre los hombros y la espalda, montó en una dócil pollina y comenzó á descender por las vertientes del monte.

A lo lejos se descubría el desierto de Pharan erizado de peñas y ardientes arenas, extendiéndose desde el Sinaí hasta la ciudad de Asion-Gaber, situada en la orilla del mar Rojo. Blanqueaban en la llanura las tiendas de David, esparcidas en largo trecho, semejantes á pardas gacelas cruzando las soledades. Los camellos tendidos sobre las piernas, y con el cuello erguido, reposaban soñolientos. Las ovejas sonaban las esquilas. Las pollinas perezosas inclinaban al suelo sus cabezas. Largas bandadas de pájaros atravesaban el espacio, y las brisas embalsamadas con las flores del Carmelo, movían, lánguidas y apacibles, las verdes ramas de los arbustos y las banderas de las tiendas.

Al llegar Abigail al pie de la montaña, encontróse á David que se acercaba.

Abigail bajó del asno, y se arrojó á los pies del rey.

Con los ojos vertiendo lágrimas, humillado el semblante en el polvo de la tierra y cruzadas las manos sobre el pecho, la afligida esposa dijo entre suspiros y sollozos.

—Apacigua, señor, tu cólera, porque mi alma está llena de amargura, y de luto mi corazón. Olvida la ingratitud de Nabal, y muévate á compasión el llanto de tu esclava. Baja, noble caudillo, tu brazo armado, contra la inquietud, y Dios será contigo. Recibe esta ofrenda que aquí te traigo. Sea la paz entre nosotros, pues Dios te prohíbe derramar la sangre del impío.

David, admirando la belleza y humildad de la esposa, estaba enmudecido, sin apartar sus ojos de Abigail, porque su alma había sido herida de un amor profundo.

—¿Qué misterioso poder encierran tus palabras? contestó. Bendita sea la mujer que las habla. El Señor mi Dios te ha enviado para que salve á tu esposa, y sin tí, mañana se hubieran borrado de la tierra los pasos de Nabal, como se borran, al soplo de los huracanes, los pasos marcados en la arena del desierto. ¡Vuelve á tu casa, y no te inquieten mis iras que Dios ha trocado en bendiciones para tí!

IV.

Entre tanto Nabal en su casa celebraba con un espléndido festín la esquila de sus ovejas.

Ricos manjares cubrían su mesa, y en copas de plata adornadas de primorosas labores, infinidad de criados derramaban esquisitos vinos.

La alegría inundaba todos los corazones, y entre risas y júbilo desfallecía beodo el poderoso avaro.

A la mañana siguiente, Abigail contó á su marido el peligro que le había amenazado.

Tembló Nabal, y una inquietud horrible se apoderó de su alma.

El señor lo había herido, y al cabo de diez días cesó de existir.

Enterado el rey, bendijo la sabiduría de Dios, esclamando:

—¡El Señor ha vengado la ofensa que me causó Nabal! ¡Gloria á su justicia!

Y como su corazón amaba á la virtuosa Abigail, le envió mensajeros para anunciarla que la tomaría por mujer.

—¡Cúmplase la voluntad de mi rey! contestó la viuda.

Y seguida de cinco doncellas, ricamente ataviadas, llegó con los mensajeros á presencia del monarca, que la aceptó por esposa.

Nabal, hombre ambicioso, necio y avaro, nos da el ejemplo del triste fin reservado al rico que se entrega á los placeres, sin cuidarse de lo que pasa á su alrededor.

Abigail, modelo de la mujer casada, recibió el premio de sus virtudes.

AUGUSTO JERÉZ PERCHÉT.

JABIRU DEL SENEGAL Y FLAMENCO ROJO.

Estas aves pertenecen al orden de las zancudas ó ribereñas, y son muy notables por los caracteres especiales que las distinguen.

El jabirú del Senegal tiene el cuerpo blanco y las plumas escapulares negras, así como el cuello y los pies. El pico es encarnado hacia la punta, blanquecino en lo restante de su extensión, con una faja negra en su parte media, y una mancha á uno y otro lado cuando el animal es joven. La cabeza, el cuello, las alas y la cola son de un gris pardo mezclado de blanco en el dorso y en la parte baja anterior del cuello: las partes anteriores son blancas también. Esta ave se cria en todas las regiones del Africa Occidental.

Es necesario no confundir al jabirú del Senegal con el jabirú austral que habita en la Nueva-Holanda, ni con el jabirú ó tuyuyú de América. Este tiene la cabeza y dos tercios del cuerpo cubiertos de una piel negra y desnuda, pero con algunos pelos grises cerca del occipucio; tiene una faja de color rojo encendido, y el resto del cuerpo vestido de un plumaje blanco. Aquel tiene la cabeza y el cuello de un verde dorado, blanca la parte alta del vientre y las alas, la region superior del dorso y la cola, negras.

Todos estos animales se alimentan de los pequeños reptiles que se crían en las riberas.

El flamenco rojo es una hermosa ave, que tiene todo el cuerpo de color de fuego y las pennas alares negras. Buffon le confunde con el flamenco del antiguo continente.

Forman sus nidos en las lagunas, reuniéndose á veces, según dicen viajeros, á quienes se debe entero crédito, grupos de tres mil, que llegan á edificar una especie de ciudad en medio de las aguas, apareciendo á la vista, mirando desde alguna distancia como un islote.

Los huevos de esta especie son buscados para alimento por los indígenas, así como las carnes de los flamencos jóvenes.

J. DE D.

ANTIGÜEDADES.

El grabado adjunto representa una de las naves en que Scipion, general cartaginés, mandó á Lelio su soldado y uno de los que más se distinguieron en la toma de Cartagena, para que noticiase á los romanos la nueva del triunfo que acababa de alcanzar. Está tomado del dibujo esculpido en la columna de Trajano en Roma, y se llama trirreme por tener solo tres órdenes de remos unos sobre otros. De igual manera las había cuadriremes, etc., y en atención á su estructura particular y gallarda, cortaban las olas con extraordinaria rapidez.

TEATROS.

Después de los frios, calores, lluvias y alternativas que se han experimentado en estos últimos días parece que el tiempo nos da pa-

labra de serenarse para recibir sin nubes á la primavera. Deseamos que así suceda porque las calles están intransitables hasta el punto de que á continuar esto mucho, tendremos que valernos de zancos ó cosa parecida. Como nosotros, los empresarios de teatros pedirán á Dios el pronto restablecimiento de don Juan Cuesma que se presenta acatarrada, para que los espectáculos no sean vistos en familia. El público sin embargo padeció de la anterior enfermedad una de las pasadas noches, en el teatro del Circo donde se han estrenado con éxito poco lisonjero para sus autores *El mercado de los inocentes* á beneficio de don Juan Benetti y *El matrimonio de conciencia* en el de don Manuel Ossorio. La primera de ambas producciones, arreglo del francés, según anunciaron anticipadamente los carteles, era bastante ligera y el público le dió su merecido. La segunda original de don José María Díaz, era una comedia escrita con el conocimiento escénico, la corrección y profundidad, que encierran siempre las obras de tan conocido autor. Abundando en situaciones dramáticas de primer orden y encerrando como encierra un pensamiento altamente moral no merecía, ni mucho menos, que el público la hubiera recibido, como lo verificó; pero forzoso es comprender para explicarse tal anomalía, que el público que acude á los estrenos, no es el mismo de las demás representaciones. Las intrigas de bastidores y las alabanzas de *saloncillo* perjudican mucho á cualquier obra. En resumen la última del señor Díaz, como todas las suyas, es de aquellas producciones que á medida que pasa el tiempo irán creciendo en mérito y en valor.

Ha muy pocos meses que la decadencia del arte escénico era visible en Madrid: muy pocos meses en que los periódicos se lamentaban de falta de actores que dignamente pudieran sustituir á los que por su mérito han pasado á ser gloria de la patria de Guzmán, Latorre, y en la actualidad de Romea; y sin embargo sobre los lamentos de los críticos, se ha alzado la voz de un nuevo genio, que si no á eclipsar á los demás, entra por las puertas de la gloria para arrebatarse al público y levantar el arte á la altura que merece. Aquel es un actor cuya modestia le ha detenido largos años en las capitales de provincias: un actor entusiasta de Romea, objeto de su veneración artística, y á quien siempre ha contemplado ó de quien ha sabido los triunfos, con alegría con entusiasmo, con admiración. Un hombre que al presentarse en la corte, sin pretensiones de ningún género, sin otro objeto que el de captarse modestamente las simpatías del público, venía á jugarse la reputación de su vida entera, la fama adquirida con el trabajo, el laurel ganado en fuerza de triunfos. Desde el momento de anunciar las obras más aplaudidas del numeroso repertorio de Lombía, Arjona, Ossorio, Valero y otros, el público amante siempre de la novedad acudió ganoso á su debut. Su debut fue un nuevo florón colocado sobre su corona de artista. Le vimos en *El perro del Castillo* y las glorias anteriores que resplandecían ante nuestros ojos, se ocultaron por un momento. Después en *Dos muertos y ninguno difunto*, le vimos elevarse hasta la perfección; pero cuando estábamos ansiosos por ver el éxito que alcanzara, fue el martes, noche en que la gente acudía á verle en el *Trapero de Madrid*. Desde antes de empezarse la función, multitud de críticos de tijera, intrigantes de bastidores y murmuradores de platea ocupaban algunas de las localidades, prevenidos injustamente contra el que osaba interpretar la predilecta obra de Arjona.

El artista por cuya mente no había pasado siquiera la idea de la competencia se presentó modesto como siempre, pero como siempre deseoso de complacer al público.

Los cuadros primeros de la obra, cuadros en que las figuras del *Trapero* ni aun se enlazan al cuadro general pasaron bien pero sin gran aplauso porque no hay lugar á él. Sin embargo en los siguientes, el actor empezó á



Jabirú del Senegal y Flamenco rojo.

crecer, á crecer, pero de tal manera que el público frenético al ver tanta naturalidad, tanta verdad, tanta perfección, le cubrió de bravos y de palmadas, lo llamó á la escena, sofocó el grito de los envidiosos, le hizo conocer su estimación, olvidó á Arjona cuyo recuerdo llevaba, y contempló con éxtasis al nuevo y distinguido actor. Este continuó lo mismo hasta el final pero en la quema de los billetes, en el hallazgo de los mismos, en las diferentes conferencias que tiene con la Agustina, en el momento de la embriaguez, en todo en fin, estuvo sublime, inspirado, fascinador. El eminente artista, arrebató, cautivó, atrajo al público de tal manera que después de sus continuadas ovaciones, y de los estrepitosos aplausos que le prodigaron, todos salían murmurando su

nombre, y considerándolo como el genio que después de Romea puede colocarse al frente de los artistas españoles. Este hombre, es *Cerfeno Guerra*.

Aconsejamos á nuestros lectores que lo vean porque no se puede exigir mas ni decir lo que merece sin que parezca adulación.

En el teatro del Circo, se estrenó el sábado último á beneficio de la primera actriz doña Josefa Hijosa, una comedia original del señor Santisteban titulada *El enemigo en casa*. Gustó mucho, y la beneficiada estuvo como siempre inimitable.

Parece que en el mismo coliseo preparan las comedias en un acto, *Una obra de Caridad* y *Receta contra los locos*. Esperamos ver para juzgar.

Venganza catalana sigue escitando el entusiasmo general. Reciba por ellos nuestra enhorabuena el autor del *Trovador*.

Concluida la representación de aquella magnífica obra dicen que se pondrá en escena otra del mismo autor titulada: *Las cañas se vuelven lanzas*. Deseamos verla.

En Variedades, siguen haciéndose comedias de repertorio en atención á la enfermedad del señor Romea, cuyo completo restablecimiento anhelamos y anhelan todos los amantes del arte.

En Jovellanos se han estrenado con lisonjero éxito *Margarita* obra del señor Olavarría y música del maestro Moderatti que ha venido con objeto de asistir á la primera representación de dicha zarzuela que está dando aplausos á los autores y dinero á la empresa.

Se habla con elogio de *Los habitantes de la Luna* comedia de magia que la empresa de Novedades prepara con inusitado aparato. Las decoraciones han sido confiadas, al acreditado pintor escenógrafo don Antonio Bravo.

La señora Lagrange sigue cantando en el Real, además hemos tenido el gusto de escuchar á la Charton.

Las dimensiones de este periódico no nos permiten extendernos acerca de un acontecimiento que merece tratarse con mas detención.

Para el número próximo será otra cosa, y procuraremos hacerlo como merece el coliseo que tiene á su cargo el señor Bagier.

ROBERTO EL DIABLO.

MADRIGAL.

—Aroma tan celestial
Como el que el jazmin exhala,
¿Lo conoces tú, zagal?
—Lo conozco.—¿Sí? Dí cual.
—El de tu aliento, zagala.

J. VALVERDE Y DURAN.

ADVERTENCIA.

Enviamos este número primero del año tercero á todos los suscritores, aun cuando no hayan renovado la suscripción, y esperamos que se servirán hacerlo inmediatamente si no quieren experimentar retraso en el recibo del número segundo.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sánchez Rubio, Carretas, 31; Duran, Carrera de San Geronimo; Dochoa, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Extranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.